

cación que tenía con el Señor. Además de eso tenía una excelente capacidad, y poseía una elocuencia natural, que se dejaba traslucir por entre los celajes de su profunda humildad, y aquella santa simplicidad que observaba perpetuamente en sus palabras, y en todos sus modales, en sus *Sermones*, en sus *Conferencias espirituales*, en sus *Instrucciones monásticas*, en aquella admirable obra, que se llama *el Testamento de S. Francisco*, en sus *Cánticos espirituales*, en sus *Advertencias*, y en algunas otras obras devotas de nuestro Santo, que se han dado á luz, se descubre aquella ciencia de los santos, que solo Dios comunica, aquella sabiduría y aquella sublime inteligencia que son dones y frutos del Espíritu Santo.

SAN HIROTEO EL DIVINO.

Los autores griegos, que escribieron comentarios sobre los libros de S. Dionisio Areopagita, confiesan, que el divino Hieroteo, á quien el mismo S. Dionisio llama su maestro, y se precia de haber sido su discípulo, fué español de nacion, y que S. Pablo le convirtió. Simon Metafraste dice que gobernó en España algun tiempo, aunque este autor mudó algo el nombre, llamándole Filoteo; y esto sucedió, porque el nombre propio de este Santo no era Hieroteo, antes los griegos se lo pusieron, y quiere decir el consagrado á Dios, ó cosa semejante, que por esto tambien le pusieron título de divino, por ser su doctrina divina, y muy santa su vida. Suidas y los comentarios griegos dicen que escribió S. Dionisio la vida del divino Hieroteo. El calendario griego le nombra obispo de Atenas, y pone su día en 4 de octubre, lo mismo que el Martirologio romano. Que fué español, y que le convirtió S. Pablo, es cierto; mas S. Dionisio dice de él que predicaba á Cristo en Jerusalem, antes que S. Pablo viniese á España; y así sería de los que dice S. Lucas que estaban en Jerusalem de todas las naciones del mundo. Escribió varios libros de ciencias eclesiásticas, los cuales se han perdido. (*Villegas.*)

La misa es en honor de S. Francisco, y la oracion la que sigue.

O Dios, que por los merecimientos de S. Francisco fecundaste á tu Iglesia con una nueva familia de hijos; danos gracia para despreciar á su imitacion las cosas de la tierra, y para colocar siempre nuestra alegría en la participacion de los dones celestiales. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap 6 de la que escribió S. Pablo á los de Galacia.

Hermanos: Léjos de mí el que gloriarne en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquellos que siguieren esta regla, sea paz sobre ellos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto, pues yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

REFLEXIONES.

No quiera Dios me glorie en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué pocos cristianos del mundo tienen hoy este lenguaje! Sin embargo, este debiera ser el mas común á todos los cristianos, ó por lo menos es cierto que ningun otro los conviene mejor. Desde que Jesucristo se dignó consumir el misterio y la obra de nuestra redencion en el ara de la cruz, la cruz debe ser el distintivo de todos los verdaderos fieles. A la verdad, no nos debe distinguir ni la nobleza de la sangre, ni el esplendor del nacimiento. Delante de Dios no constituye nuestro mérito ni la elevacion del puesto que se ocupa, ni la dignidad del empleo que se ejerce, ni la abundancia de los bienes que se poseen y disfrutan. Gloriarse en esta casta de bienes advenedizos, por decirlo así, es hacer vanidad de una gloria forastera. El valor de esta casta de bienes es arbitrario: segun el espíritu del cristianismo se consideran bienes fallidos á la hora de la muerte. El que entonces no tiene otros fondos, siempre muere pobre, ó insolvente, como se dice. La cruz de Jesucristo ennoblece al hombre por toda la eternidad; es un título de distincion, admitido por el mismo Dios, es un insondable fondo de méritos, es un verdadero tesoro, pero tesoro profundamente enterrado para innumerables cristianos. La cruz, dice el Apóstol, es materia de escándalo á los judíos, y asunto de hurla á los gentiles; pero pregunto, ¿es hoy mas estimada, ni mas venerada por la mayor parte de los cristianos? *No quiera Dios, dice el Apóstol, que yo me glorie en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo.* Esos grandes del mundo, criados entre el esplendor, las diver-

siones y los regalos; esas mujeres profanas, eternamente ocupadas en galas, en modas, en vanos pasatiempos, y en inutilísimas recreaciones; esos hombres, verdaderos hijos de este siglo, funestas víctimas de la ambición y del interés; esos esclavos de la diversion, que solo toman gusto á lo que lisonjea los sentidos, y fomenta las pasiones; esos ricazos, idolatras del dinero y de los miserables bienes de esta vida; y aun esas mismas personas devotas, que quieren juntar la virtud con un esquisito esmero en solicitar sus conveniencias, y con un raro primor en procurar todas las comodidades; todas esas gentes que se llaman cristianas, ¿sienten lo mismo que sentia el Apóstol? ¿pueden todas decir con semejante sinceridad: *No quiera Dios que yo me glorie sino en la cruz de mi Señor Jesucristo?* Y despues de esto, no se podrá comprender ¡como es posible que sea tan corto el número de los escogidos!

El Evangelio es del cap. 11 de S. Mateo

En aquel tiempo respondió alguno sino el Hijo, y aquel Jesus, y dijo: Glorificote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Si, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce

alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

De la pobreza evangélica.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la pobreza evangélica no es puramente de consejo sino de riguroso precepto, puesto que Cristo indistintamente la intima á todos los fieles por estas palabras: *El que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.* No se puede entender esta renuncia de un general despojo efectivo de todos los bienes como la hizo S. Francisco, y como la hacen todos los religiosos: no pide el Salvador á todos los cristianos este sacrificio; pero indispensablemente pide á todos los que quieren ser sus discípulos que desprendan el corazón de

todos los bienes de la tierra; quiere que entre la misma abundancia sean pobres de afecto y de corazón. Déjanos libre el uso y aun el dominio de los bienes criados; pero nos prohíbe el apego á ellos, y mucho mas el que sean nuestro ídolo. Sé enhorabuena rico, si la divina Providencia quiso que nacieses tal, ó si echando Dios su bendición á tu industria, dispuso que lo fueses; pero aunque poseas las riquezas, no apegues á ellas el corazón. Este fué criado para bienes mas preciosos y mas duraderos; y una de dos, ó has de renunciar el título de discípulo de Cristo, ó has de amar los bienes criados con subordinación á los eternos y celestiales. A ninguno exceptua el oráculo del Hijo de Dios; tanto el príncipe como el vasallo; tanto el padre de familias, como el que no tiene sucesion; tanto el hombre de negocios, como cualquiera otro particular, todos están comprendidos en la generalidad de este precepto. No ya es un mero consejo de perfección; el apego del corazón á los bienes que se poseen está absolutamente condenado por el Evangelio. Se deben conservar, es así, los bienes adquiridos, y los que Dios nos ha dado: se deben tambien adelantar, todo segun los fines del mismo Dios; pero en poniendo en ellos el corazón, ya pasaron á ser su ídolo. De aquí nace aquella codicia, aquella ambición, aquella avaricia que el Apóstol llama *idolatria*. Hablando en rigor, las riquezas, legítimamente adquiridas, no son las que nos hacen poco cristianos: el afecto y el apego á ellas es el que causa este desorden, y el que hace réprobos á tantos ricos. ¿Cuántos reyes y cuántos príncipes poderosos fueron santos? ¿cuántos santos fueron ricos? No se despojaron de las riquezas sino del apego á ellas. Así como se puede tener apego á los bienes de la tierra, profesando la mas rígida pobreza, y por el mismo hecho dejar de ser discípulo de Cristo, así tambien se puede ser pobre en medio de la abundancia, desprendiendo el corazón de todo afecto á las riquezas por amor de Jesucristo.

PUNTO SEGUNDO. — Considera si será hoy muy crecido en el mundo el número de los discípulos de Cristo. ¿Son muchos los hombres acomodados, los hombres ricos que viven desprendidos de este amor, de este apego á los bienes de la tierra? ¿no es el amor á ellos la pasión dominante en toda clase de personas, y en toda suerte de estados? Hoy es el interés el gran resorte, la gran máquina que á todos pone en movimiento. Y esta codicia ¿será prueba de un grande desapego? ¿se solicitan los bienes temporales con mucha tranquilidad y con mucha indiferencia? ¿se poseen sin amor? ¿se pierden con resignacion? ¿Y no se

podrá decir que las riquezas son el ídolo universal, que por decirlo así, sustituye entre los cristianos el lugar que ocupan los otros ídolos en el gentilismo? ¿Adonde se fué aquel desprendimiento tan recomendado en el Evangelio, aquel desapego del corazón, tan propio de los discípulos de Cristo? ¿reina por lo menos entre aquellas personas, que consagradas á Dios especial y solemnemente, están obligadas por su mismo estado á no aspirar á otra herencia que á la herencia del Señor? ¿Qué indigna cosa sería, si despues de haber dejado por amor de Dios todos sus bienes, conservasen apego y amor á ellos! ¿qué desorden tan lastimoso, si subiesen al altar con un corazón profanado por el amor á los bienes temporales! ¿Pero qué impiedad será la de aquellos, que habiendo hecho voto y profesion de pobres, quieren tener las mismas conveniencias que los ricos, gozar de sus comodidades, sin cargar con sus pensiones; y en una palabra, despojarse de todo en público, pero solicitando que nada les falte en secreto! ¿Con qué cara se gloriará de ser discípulo de Cristo el que conserva una pasión y un apego tan contrario al espíritu del Evangelio? Ciertamente si el desapego del corazón á los bienes temporales es necesario con necesidad de precepto aun á las personas del mundo, ¿con qué tranquilidad de conciencia podrán los eclesiásticos y los religiosos conservar apego á ellos?

No permitais, Señor, que mi corazón se deje jamás prender de esos bienes terrenos. Quiero ser discípulo vuestro, y mediante la asistencia de vuestra divina gracia quiero también poseer todas las virtudes, y todos los requisitos de tal.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos. (*Matth. 5.*)

Si abundares en riquezas, no pongas tu corazón en ellas. (*Psal. 61.*)

PROPOSITOS.

1 Siendo Dios el autor de todas las condiciones y de todos los estados de los hombres, ninguno por sí mismo está escluido de la patria celestial. Tanto derecho tienen á ella los ricos como los pobres, y en su misma condicion encuentran los medios que han menester para ser santos. La comparacion del camello; las fuertes espresiones del Evangelio, que á la verdad son poco ventajosas á los ricos; los anatemas que fulmina la Escritura contra los hombres poderosos y opulentos; todo esto solo prueba la dificultad de salvarse en un estado donde todo tienta y todo lison-

jea las pasiones. Pero no son precisamente las riquezas las que forman esta dificultad, sino el apego del corazón á ellas. Quiere Dios que haya ricos en el mundo; pero no quiere que pongan su corazón en sus tesoros, y esto es lo que raras veces sucede. Examínate tú, y mira si te hallas en el caso. Mira, dice S. Gregorio, si en lugar de poseer los bienes temporales, no estás tú poseído de ellos; si tú los posees á ellos, ó ellos te poseen á tí. ¿No tendrás nada que reformar en ese apego, en esa codicia, en esa ansia por adquirirlos? No quiere Dios que descuides de tus bienes temporales, antes quiere que los cuides, que los adelantes; pero no quiere que hagas de ellos tu ídolo. Si quieres ser su discípulo, arregla desde luego tu corazón sobre este punto; y para esto haz todos los días por la mañana y por la noche un sincero desapropio de todos tus bienes á los pies de Jesucristo. Dile con sinceridad, que le rindes muchas gracias por los bienes temporales que se ha dignado concederte; pero que renuncias con toda el alma todo apego y toda inclinacion á ellos, no queriendo tener otra que á los bienes eternos.

2 Acredita este desinterés con tu conducta. Si te sucede alguna pérdida, vuélvete á Dios, y dile con el santo Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est: sicut nomen Domini benedictum.* El Señor lo dió, el Señor lo quitó; y segun fué su voluntad, así se hizo; sea su nombre bendito. Ni te alegres porque se adelantan tus negocios, ni te entristezcas porque se pierden. Esta igualdad de humor, y de una conducta siempre inalterable, es la mejor prueba de tu desasimiento.

DIA V.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES PLÁCIDO monje, discípulo de S. Benito abad, y SUS HERMANOS EUTIQUIO Y VICTORINO Y FLAVIA virgen, también hermana de ellos; DONATO, FIRMATO diácono, FAUSTO y OTROS TREINTA MONGES, en Mesina en Sicilia, á los cuales por la fe de Jesucristo martirizó el pirata Manuca. (*Véase la historia de S. Plácido en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SAN TRASEAS, obispo de Euménia en Frigia, que fué martirizado en Esmirna, en el mismo día (por los años de 177. Este Santo fué una de las mas esclarecidas lumbreras de la Iglesia de Asia.)

LOS SANTOS MÁRTIRES PALMACIO y SUS COMPAÑEROS, en Tréveris; los cuales padecieron en la persecucion de Diocleciano, por sentencia de